

no importa á nadie, sino á mí; lo de los godos interesa á la república (1).»

De treinta años atrás venían estos bárbaros causando estragos en las fronteras romanas, y llegando á escasear el botín á fuerza de pillaje, hubo de ocurrirles la idea de establecerse en cuerpo de nación en el interior del imperio, de cuyo clima gustaban por ser más templado que el de las llanuras escíticas, donde el rigor del frío y del calor hace la vida tan dura. Muchos mensajeros corrieron de las orillas del Niester á las del Morava (March); celebráronse consejos entre los tervingios, ó godos del Oeste, entre los gépidos, los hérulos y los peucinos, y se formó una vasta coalición para secundar la invasión de los godos del Este ó grutungos, por medio de una serie de ataques en el Danubio medio. Los escordiscos, de origen céltico, entraron en la liga; los alamanos y sus vecinos los yutungos, sin duda informados de estos proyectos, se prometieron aprovecharlos para volver á dar un golpe de mano en el rico valle del Po. Estos fueron los primeros que se prepararon, pues sin esperar á sus aliados se lanzaron, desde el año 268, en los desfiladeros de los Alpes que conocían muy bien y descendieron á orillas del lago de Garda.

Claudio los recibió allí con un ejército en que había tomado ya prestigio, y la mitad de los bárbaros cayeron al filo de la espada de los legionarios. Este principio era de buen agüero para una guerra más seria.

Durante el invierno de 268, el hacha no dejó de resonar en los bosques sármatas; los derribados árboles rodaban hasta la orilla de los ríos, cuyas aguas cubrían dos mil barcos la primavera siguiente, amontonándose en ellos bravos y expertos guerreros.

La horda, compuesta de 320.000 combatientes, sin contar las mujeres, los niños y esclavos, se puso en marcha hacia el Oeste, con innumerables ganados y grandes carros que en los campamentos servían de recinto (2). El ejército y la flota siguieron la costa á cierta distancia de la playa, y el uno á causa de los pantanos que esos ríos perezosos dejan en su embocadura, la otra en razón de los bancos ó barras que los aluviones forman bastante adentro en el mar (3).

La travesía del Danubio se hizo con la asistencia de los barcos y algunas jornadas de marcha condujeron á los godos á vista de Tomi. Las invasiones precedentes habían hecho sentir á todas las ciudades de aquellas regiones la necesidad de levantar sus derruidos muros y ponerse en estado de defensa. Tomi cerró sus puertas, los habitantes guarnecieron sus murallas y los godos no se hallaron en aptitud de abrir brecha. No pudiendo tampoco detenerse

(1) Tomó, sin embargo, contra el emperador de las Galias algunas precauciones para cerrarle la Italia y amenazar sus provincias. Una inscripción recién descubierta en Grenoble, da á Claudio el título de *Germánico Máximo*, que tomó á consecuencia de su victoria sobre los alamanos y revela un hecho desconocido de los historiadores, la preparación de una campaña contra Tétrico. Esta inscripción estaba grabada en la base de una estatua erigida á Claudio por un cuerpo de ejército acantonado en la Narbonense, donde se encontraban *protectores* (guardia imperial) al mando del *perfectissimo* Junio Placidiano, prefecto de los *vigiles* (Renier, *Mem. de la Acad. de inscrip.* 18 julio 1879.)

(2) Este uso era tan conocido de los romanos, que para expresarlo inventaron una palabra, *facta carragine* (Trebelliano Polión, *Gall.* 13, y A. Marcelino, XXXI, 7). Los godos, antes de la batalla de Andrinópolis, y Atila después de la batalla de Chalons, se encerraron en un recinto de carros y los americanos hacen todavía lo mismo en territorio indio.

(3) Cualquiera que fuese el número de los barcos, la flota no pudo cargar con todo el ejército, y la historia de esta invasión sería incomprendible, si no se admitiera que hubo á la vez un ejército de tierra y otro de mar.

en aquellas planicies de la Dobrudja, donde es tan difícil vivir, tomaron el camino de los Balkanes en la dirección de Marcianópolis (á 18 millas al Oeste de Varna).

Esta ciudad edificada por Trajano fué digna de su fundador y rechazó todos los ataques. Los bárbaros entonces concibieron un plan hábil, y se separaron. La flota hizo vela con rumbo á la Propóntide, amenazó á Bizancio y Cícico, y después, á pesar de una tormenta, que le causó gran pérdida de barcos y de hombres, ganó la península del Atos, donde todavía se dividieron los que la montaban: los unos sitiaron á Casandrea, la antigua Potídea, y la gran ciudad de Tesalónica para abrirse la Macedonia; los otros devastaron la Grecia, las Cícladas, Creta, Rodas, Chipre, y agotando su fuerza en la descarga, fué á perderse la tempestad en las costas de Panfilia.

Mientras el rumor de estos pillajes retenía inactivas en el Sur del imperio las fuerzas romanas, que se hallaban alrededor del mar Egeo, el ataque principal se pronunciaba al Norte: los godos atravesaban la Mesia y llegaban al valle del Margo (Morava del Sur), comprendiendo muy bien que no encontrarían establecimiento tranquilo en la orilla derecha del Danubio hasta haber destruido el ejército imperial. Desde los galos y Aníbal, nunca se había visto Roma en tan gran peligro. Claudio escribió al senado diciendo:

«Os debo la verdad, Padres conscriptos: trescientos veinte mil bárbaros han invadido el territorio romano. Si triunfo de ellos, reconozco que hemos merecido bien de la patria; si no soy vencedor, recordad á quién he sucedido. La república está agotada, y combatimos después de Valeriano, después de Ingenuo, de Regaliano, de Leliano, de Póstumo, de Celso, después de mil otros que el menosprecio inspirado por Galieno había apartado de la república. No tenemos ya escudos, ni espadas, ni armas arrojadas. Tétrico es dueño de las Galias y de las Españas, que son las fuerzas del imperio; y lo que me avergüenzo de escribir, todos nuestros arqueros sirven á Cenobia. Por poco que hagamos, será mucho en tales circunstancias.»

Claudio tomó prudentes determinaciones. No se fué derecho al encuentro de aquella enorme masa de bárbaros: dejando á su hermano Quintilo á la cabeza de fuerzas considerables al rededor de Aquilea, para tener cerrada esta puerta de Italia, atravesó la Iliria, entró en Macedonia por el paso de Escupi y se detuvo en el alto valle del Axios. De esta manera se situaba entre la flota de los godos y su ejército de tierra. Cubierto contra éste por el monte Orbelos, podía por el Axios, que desembocaba en el golfo Termaico, vigilar y saber lo que pasaba en la costa. Si las máquinas que los bárbaros habían hecho construir á los tráfugas triunfaban de la resistencia de los habitantes de Tesalónica, el emperador se hallaba en estado de impedir á los vencedores que se extendieran á Macedonia y que se reunieran con sus hermanos. Esta posición le permitía pues esperar el momento oportuno para dar el golpe decisivo.

Pero los godos no sabían tomar á viva fuerza una plaza bien defendida, ni tenían la paciencia necesaria para reducirla por el hambre. A la noticia de la aproximación de Claudio, marcharon audazmente á su encuentro. Aureliano, nombrado maestro de la caballería, los atacó con un combate en que se distinguieron los jinetes dálmatas. Tres mil godos mordieron el polvo; hiciéronse muchos más prisioneros, y Claudio, libre ya de sus movimientos al Norte por el desorden del enemigo en el Sur, pasó los montes para ir á buscar el grande ejército en el valle del Margo.

Dióse la batalla cerca de Naiso (Nisa) y fué prolongada

y sangrienta. Un cuerpo de ejército que pudo operar por un camino mal guardado, envolvió al enemigo y lo atacó por la espalda. Esta maniobra fué desastrosa para los bárbaros: cincuenta mil quedaron en el campo de batalla (269); y los otros, cortados por el valle del Danubio, se lanzaron en desordenadas turbas sobre Macedonia y Tracia.

Las legiones se dividieron para perseguirlos; y con esto se dispersó la guerra y se hizo imposible repetir el golpe dado en Naiso. De vez en cuando se detenían los bárbaros en medio del recinto formado con sus carros, fortificación móvil desde donde más de una vez hicieron salidas afortunadas contra los romanos, si en pequeño número se arriesgaban á acercarse.

Pero diezmados por continuos ataques, por el hambre y las enfermedades, perecían á multitudes. Una banda bastante numerosa logró refugiarse en los Balkanes. Los romanos los persiguieron también hasta aquí y cortaron las salidas de las montañas, donde durante un riguroso invierno faltaron los viveres. Para acabar, entró Claudio en los desfiladeros y los forzó en sus posiciones (270).

El emperador redactó su boletín de victoria con un énfasis que hay que perdonarle esta vez:

«Hemos exterminado ciento veinte mil godos y echado á pique dos mil barcos. El agua del río se oculta bajo los escudos que arrastra, las orillas bajo las espadas y lanzas rotas, los campos bajo los huesos de los muertos, y todos los caminos están embarazados con el inmenso bagaje que han abandonado.»

La flota imperial había dado también buena cuenta de los barcos que quedaban de los dos mil que salieron del Niester: de manera que de aquella inmensa multitud de bárbaros, muy pocos pudieron volver á los lugares que un año antes habían abandonado tan llenos de audacia y esperanzas. Los que no habían perecido fueron á cultivar como esclavos ó colonos las tierras de los vencedores, mientras sus mujeres fueron distribuidas entre los soldados romanos. Cierta número de jóvenes bárbaros alistados en las cohortes, y otros, enviados á Roma para los juegos del anfiteatro. La capital no fué á buen seguro la única que recibió «un presente de gladiadores»; Claudio hubo de conceder el mismo favor á muchas otras ciudades, para que toda Italia viera servir para sus diversiones á aquellos godos que durante toda una generación le habían inspirado tanto terror.

La gran sangría hecha á la nación gótica iba á asegurar un siglo de tranquilidad á la Mesia. Pero el príncipe que había rechazado esta primera y formidable invasión, cayó en su triunfo. La peste le había ayudado á libertar las provincias; pero al fin lo hirió también á él, que murió en Sirmio, en abril de 270.

No tenía más que cincuenta y cuatro años y su sana y fuerte vejez prometía al imperio un reinado reparador, porque amaba la justicia, quería la disciplina y no le faltaba energía para mantenerla. En medio de aquellos inmodestos sobrenombres que tantos emperadores recibieron por reales, y más á menudo por problemáticas victorias, el historiador debe poner en el lugar más distinguido el de Claudio el *Gótico*. Los pueblos conservaron su memoria; y en tiempo de Constantino, aun decía Eumenes: «¿Por qué no vivió más tiempo el salvador de los hombres llegando á ser más tarde compañero de los dioses?»

A la noticia de la muerte de Claudio, las legiones de Aquilea proclamaron á su hermano, M. Aurelio Quintilo, á quien el senado se apresuró á reconocer. Los soldados de Panonia habían tenido mejor elección, proclamando á Aureliano á quien, según ciertos autores, había designado

por sucesor el mismo Claudio. Tal era la reputación de este jefe que su rival no quiso entrar en lucha con él. En efecto, después de un reinado de tres semanas, según unos, de algunos meses, según otros, Quintilo se dió la muerte, ó se la dieron sus soldados, á quienes incomodaba su severidad.

II.—AURELIANO (270-275).

«Después de las ceremonias de la fiesta de Cibele, dice Vopisco, el prefecto de la ciudad, Junio Tiberiano, me hizo subir á su carro, que nos llevó del Palatino á los jardines de Varo, y hablamos, entre otras cosas, de la historia de los emperadores. Cuando llegáramos al templo del Sol, consagrado por Aureliano, Junio, que pertenecía á la familia de este príncipe, me preguntó si se había escrito su vida.—Griegos lo han hecho, le contesté, pero ningún latino se ha ocupado en eso.—¿Cómo así! exclamó este virtuoso personaje, ¡un Tersites, un Sinón y todos los monstruos de la antigüedad nos son conocidos, los conocerá la posteridad también, y Aureliano, ese valeroso príncipe, que ha devuelto á Roma su universo, será ignorado de nuestros descendientes! Sin embargo, tenemos sus efemérides, en que había ordenado se consignaran sus actos de cada día (1). Yo haré que te den estos libros, que están en la biblioteca *Ulpiana*, para que presentes á Aureliano tal como fué.»

Ricos materiales eran los que el magistrado supremo ofrecía al historiador; pero Vopisco, pobre ingenio y más pobre escritor, no supo aprovecharlos. Las piezas oficiales, que sacó de los archivos, son por muchos conceptos interesantes; algunas de ellas nos han servido ya en nuestro trabajo y todavía han de servirnos otras.

Claudio había destruido el grande ejército gótico, salvo algunas bandas refugiadas por aquí y por allá en las montañas, que reaparecieron un momento en las cercanías de Anquialos y de Nicópolis, donde las gentes del país bastaron para dispersarlas. Pero según el plan concertado debía haber otra invasión por la Panonia; los vándalos, los yutungos y los alamanos se agitaban de una manera sospechosa, y para atajar á estos nuevos invasores, se había dirigido Claudio al Norte y acantonado sus tropas en Sirmio, plaza fuerte, no lejos de la embocadura del Save en el Danubio y centro de la defensa en aquella región.

Aureliano se hallaba allí á la muerte de Claudio y esta circunstancia le valió el imperio. Había nacido en 214 (2) en los alrededores de esta ciudad, y era hijo de un colono del senador Aurelio, cuyo liberto, según el uso, había tomado su nombre. Su madre era sacerdotisa del Sol en el villajo en que vivían y el hijo conservó siempre una devoción particular á este dios. Conocemos su valor, sus hazañas

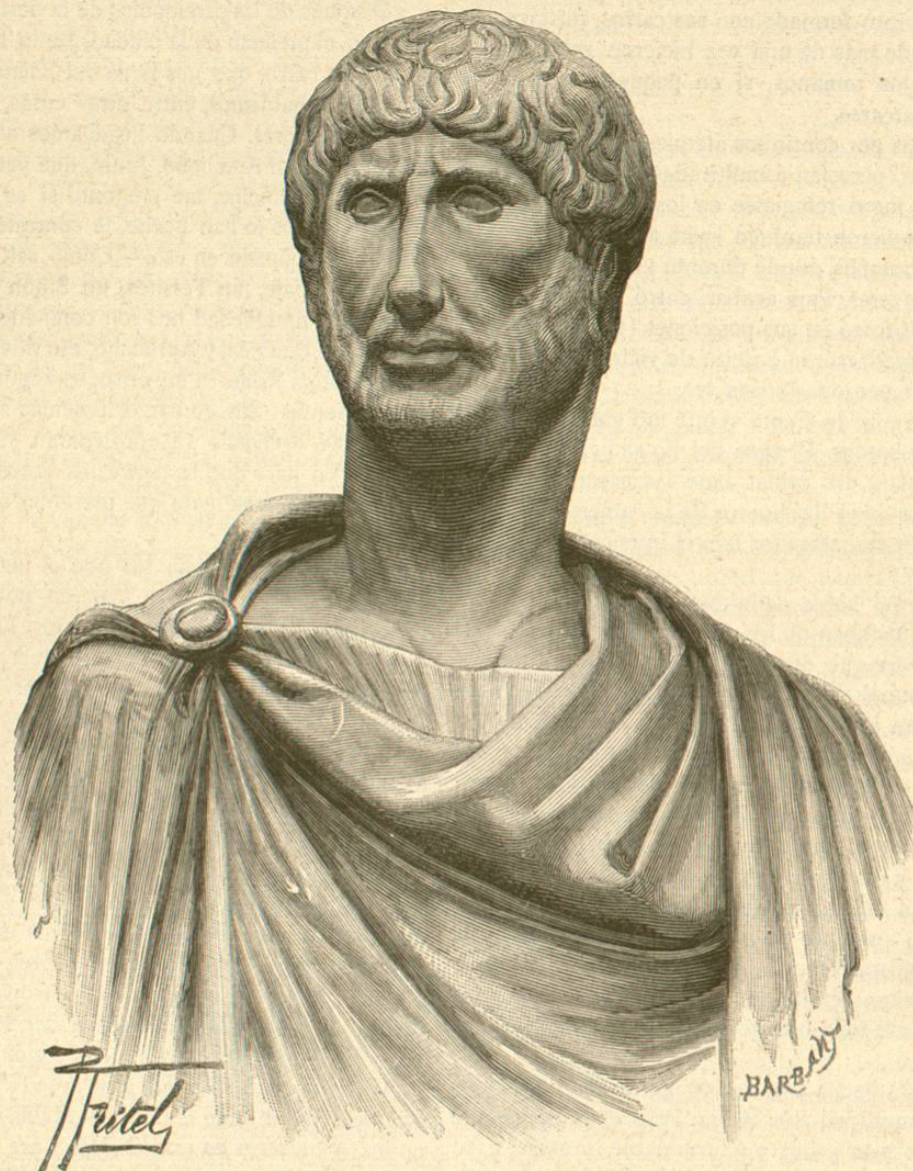
(1) *Ephemeridas... libris vintis* (Aur. I). Se ha puesto la escena referida en este pasaje hacia 291, ó sólo 16 años después de la muerte de Aureliano. Junio Tiberiano ejercía aquel año el segundo consulado, no la prefectura de la ciudad. Muchos pasajes de los capítulos XLII y XLIII prueban que Vopisco escribió su libro después del advenimiento de Constancio Cloro (305). El padre de Vopisco había estado entre los familiares de Diocleciano y acabamos de ver que el hijo era comensal del prefecto de la ciudad. Estas relaciones en la más alta sociedad de Roma lo pusieron en estado de aprovechar recuerdos de antiguos compañeros de armas de Aureliano; pero su poco mérito prueba que aquella sociedad no era muy exigente para las dotes del ingenio.

(2) Malala (XII, p. 301) supone que murió á los 61 años de edad, y por consiguiente nació en 214. Tillemont y Wietersheim fijan su nacimiento en 212. La *Crónica de Alejandría* le da 75 años á su muerte, pero los hechos de su reinado, sus medallas y otras consideraciones no permiten atribuirle edad tan avanzada.

y los altos cargos que había ejercido. Colmado de honores por Valeriano, hubo de ser, á instancias de este príncipe, adoptado por hijo ó por yerno de Ulpio Crinito, uno de los grandes personajes del imperio, que pretendía pertenecer á la familia de Trajano. El hijo del aldeano panonio venía á ser heredero del culto, del nombre y de los bienes de la más ilustre casa de Roma (1).

Muy severo para la disciplina y muy exigente para el

servicio, Aureliano tenía, sin embargo, mucho prestigio entre las tropas, porque habían visto muchas veces á su general batirse como soldado, lo que en las guerras antiguas aumentaba mucho el ascendiente del jefe. Se hablaba de numerosos enemigos muertos por él, y en los campamentos era llamado *Aureliano mano de hierro*. Siendo el más bravo, podía ser el más firme. Un soldado ultraja á la mujer de su huésped: Aureliano lo hace atar á dos árboles encor-



Aureliano (Busto del Vaticano, *Braccio Nuovo*, n.º 122).

vados á viva fuerza en sentido contrario, que lo desgarran al enderezarse. Otro día escribe á un oficial:

«Si quieres ser tribuno, si quieres vivir, sujeta al soldado. Que nadie hurte un cordero, una gallina, ni un racimo de uvas; ni exija tampoco aceite, sal ni leña. Es preciso contentarse con la ración; lo que da el Estado basta; y el

(1) Vopisco habla, según documentos que da por oficiales, de una adopción real; sin embargo, como Aureliano no tomó el nombre de Ulpio Crinito, lo que era contrario al uso, sería prudente poner en duda este acto. Por otra parte, las inscripciones (Orelli, núms. 1032 y 5552) y las monedas (Eckhel, t. VII, p. 487) le dan por mujer á Ulpia Severina; y si esta Ulpia era hija de Crinito, este matrimonio habría asegurado á Aureliano las mismas ventajas que la adopción, mientras hijo adoptivo de Ulpio Crinito, no hubiera podido casarse con la que habría venido á ser su hermana. Pero muchas de las antiguas prescripciones habían caído en desuso, y no es imposible que se hubieran realizado la adopción y el matrimonio.

botín se toma sobre el enemigo y no debe costar lágrimas á las provincias. Procura que las armas, el vestuario y calzado estén siempre en buen estado; los caballos de carga y mulos de ordenanza bien cuidados por los soldados de turno, empleando en ellos todo el forraje, sin que se distraiga la menor parte para venderlo. Haz que se asista bien y gratuitamente á los enfermos y evita que los sanos se gasten el dinero en las tabernas ó en los arúspices; exige que se conduzcan con decencia en los cuarteles y castiga á los discólicos y pendencieros.»

Septimio Severo había hablado así, y esta firmeza valió al imperio un reinado glorioso: á Aureliano le dió los mismos efectos.

Como el gran Africano, era Aureliano hombre de austeras costumbres y desdenoso de los placeres; como él fué también modesto, dejando siempre para luego las solemnidades

en que había de recibir elogios ó aclamaciones del senado. Batió á los yutungos que amenazaban la Recia y arregló las cosas de esta frontera ocupándose en ello algunos meses. Cuando estuvo en fin de regreso en Roma, habló altivamente en el senado: «Tengo, dijo, tengo oro para mis amigos y hierro para mis enemigos.» Ya veremos que no siempre estuvieron en las fronteras.

Para no tener que temer nada en Italia de las antiguas tropas de Quintilo, había venido de Panonia bien acompañado. Los yutungos y los vándalos vieron ocasión propicia para invadir esta provincia, y Aureliano tuvo que volver á ella sin demora, haciendo preceder la orden de guardar el grano y el ganado en las fortalezas.

El choque fué rudo y la victoria indecisa; sin embargo, cerrada la noche, retrocedió el enemigo y Aureliano maniobró de manera que le cortó el camino del Danubio. Amenazados por el hambre en un país arruinado, abrieron negociaciones los bárbaros. Sus diputados ocultaban el temor con apariencias de arrogancia y el emperador aplazó la audiencia para el día siguiente.

Llegado este día los recibió, sentado en su tribunal, rodeado de pompa militar; á su lado sus principales oficiales á caballo; detrás, las águilas de oro de las legiones, las imágenes de los príncipes, las lanzas de plata que llevaban en letras doradas los nombres de los diferentes cuerpos; después el ejército, como dispuesto al combate y formado en semicírculo en una eminencia que permitía verlo por completo.

Menos hábiles que el indio de las praderas en disimular sus sentimientos, los yutungos permanecieron indecisos buen espacio, en presencia de un espectáculo tan brillante como imponente; pero muy luego recobraron su audacia.

«No pedimos la paz como vencidos, dijo su intérprete, sino como antiguos amigos de los romanos, y como hombres que saben que á una batalla perdida por sorpresa puede muy bien seguir una victoria. Nuestra nación sola tiene cuarenta mil jinetes y ochenta mil infantes, y toda Italia conoce nuestro valor, como quiera que en son de guerra la hemos recorrido toda. Con nuestra alianza no tendrás que temer á ningún enemigo. Danos, pues, los presentes acos tumbados y los subsidios que recibíamos antes de la guerra, y queda hecha la paz.»

Dexipos, que refiere esta escena, es un contemporáneo, pero pone en boca de Aureliano una contestación demasiado larga: sólo insertaremos el final:

«Puesto que habéis violado los tratados para devastar nuestros campos, no tenéis que pedir ninguna gracia, y en el estado en que os encontráis, tocaos á vosotros recibir la ley del vencedor. Bien sabéis lo que fué de los trescientos mil godos que se lanzaron contra el imperio, y la misma suerte os espera; porque voy á pasar el Danubio para castigar vuestra infidelidad en vuestra misma casa.»

Intimidados esta vez los yutungos, prometieron volver á su país.

Pasados algunos meses, nueva invasión de vándalos y yaciges, y nuevo triunfo de Aureliano, el cual para abreviar su retirada, hubo de darles víveres. Pero entregaron ellos en rehenes á los hijos de sus caudillos y dos mil jinetes, que se incorporaron á los auxiliares de las legiones (1).

Aureliano, por su parte, haciendo un sacrificio, costoso sin duda á su orgullo, aunque nada costaba al imperio, les cedió la Dacia, ofreciendo tierras, al Sur del Danubio, á los

colonos romanos que quisieran abandonar la provincia. Este abandono era necesario, pues desbordada por sus dos flancos é invadida en el corazón, la Dacia no podía mantenerse. Si en ella quedaban romanos, y los hay aún formando un pueblo numeroso y bravo, no quedaba ya administración romana, excepto en la Transilvania, donde algunas cohortes defendían sin duda las minas de oro de aquella región, explotada por los romanos hacia siglo y medio.

A fin de hacer creer que no se había perdido nada, se hizo de una parte de la Mesia una nueva Dacia, y el nombre de la conquista de Trajano siguió figurando en la lista oficial de las provincias del imperio. Pero en lugar de la Dacia de las montañas, verdadera fortaleza que habría sido inexpugnable, si se hubiera sabido cerrar la puerta en el bajo Danubio, quedó la Dacia de la ribera, *Dacia Ripensis* (2), que no defendía ya nada.

Finalmente el dios Término retrocedía. Para un caudillo victorioso, esta condición era dura: Aureliano quiso, al parecer, cubrirse con el consentimiento de los soldados, como representantes del pueblo romano; á lo menos consultó al ejército sobre la cuestión de la paz con los vándalos, y la retirada de las guarniciones debió ser la consecuencia tácitamente aceptada del convenio que el ejército aprobó. En el estado del imperio y del mundo bárbaro, parecía el Danubio la mejor frontera, y las grandes victorias de Claudio, las de Aureliano mismo, prueban que si el río no impedía el paso á los invasores, les dificultaba el regreso.

No haremos tan fácilmente como el emperador una despedida definitiva de aquella valiente población romana de la Dacia Trajana. Digna de su origen y del que le dió sus primeras ciudades, desempeñó en los Cárpatos el papel de Pelayo y sus compañeros en Asturias, arrojando desde lo alto de aquella fortaleza inexpugnable todas las invasiones; reconquistando palmo á palmo, mientras se extendían al Sur ó al Oeste, el terreno perdido, y reconstituyendo, después de diez y seis siglos de lucha, una Italia nueva, *Transilvania Rumanesca*, cuyo advenimiento á la categoría de las naciones libres saludan con júbilo todos los pueblos de la raza latina (3).

Aureliano se había resignado á dejar que se ligara á su nombre este triste recuerdo, á causa de una nueva invasión de los alamanos y yutungos en Italia. Con la esperanza de exterminar ó copar la horda entera, quiso imitar la maniobra de Claudio en Naiso: atacar de frente á los invasores con la mayor parte de sus fuerzas en los llanos del Po, mientras él mismo con los pretorianos y los auxiliares les cortaría la retirada. Pero esta división de las fuerzas romanas trajo un desastre. Saliendo los bárbaros, á la caída de la tarde, de los espesos bosques, donde se habían ocultado, sorprendieron cerca de Plasencia á los romanos, que se guardaban mal. Muchos de ellos perecieron, y una parte de la Cisalpina fué teatro de la más espantosa devastación.

(2) Entre la alta y la baja Mesia. Se llamó al principio *Dacia Aureliana* (Vopisco, *Aur.* 39); después se dividió en *Dacia Ripensis*, capital, *Ratiaria* (Arzar Palanka), y *Dacia Mediterranea*, capital, *Sardica* (Triaditza). Dexipos no habla, á lo menos en los fragmentos que nos quedan, del abandono de la Dacia, y la narración de Eutropio (IX, 15) no permite fijar ninguna fecha para este acontecimiento, que se pone naturalmente en época posterior al doble tratado hecho con los yutungos y los vándalos.

(3) No puedo aceptar la opinión de Roesler (*Dacier und Romanen*, Wien, 1866) que hace volver á los vándalos á la Dacia á principios del siglo XIII, ni menos la que sostiene que entre los millones de hombres que hablan una lengua, cuyo fondo es el latín, no se encuentran numerosos descendientes de los colonos de Trajano.

(1) Quinientos de ellos que se separaron para hacer pillaje fueron pasados al filo de la espada por el jefe de los auxiliares, y el rey de los vándalos hizo morir á flechazos al que los mandaba.